

vestigación relativo a la producción de catecismos entre los siglos XVII y XX de la Universidad de Laval. Por su parte Jean Paul Rouleau, nacido en Quebec en 1929, es director adjunto del grupo de estudios que promovió esta publicación.

El libro está dividido en cuatro partes. La primera parte trata de los catecismos autóctonos publicados entre 1630 y 1860. El segundo apartado se centra en el estudio de los catecismos oficiales anteriores a 1964. En cuanto a la tercera parte de esta obra el trabajo se focaliza desde el estudio de la explicación del catecismo de Lasfargues de 1896. En el último apartado se incluyen unos comentarios sobre los catecismos oficiales posteriores a 1964. Finalmente, el volumen concluye con un «balance» de Bernard Plongerón, director de Greco n° 2 (París), sobre los métodos de investigación histórica de la catequesis francesa en Canadá.

H. Montañés-Oltmann

HISTORIA DE LA TEOLOGÍA

Christoph SCHÖNBORN, *L'icône du Christ. Fondements théologiques*, Ed. du Cerf, París³ 1986, 254 pp., 12,5 x 22.

El P. Schönborn, dominico, es profesor de teología dogmática en la Universidad de Friburgo (Suiza), y desde 1975 es miembro de la Comisión Teológica Internacional. Esta obra suya fue publicada por vez primera en 1976 por Éditions universitaires (Suiza), en la colección «Paradosis» con un título más amplio: «L'icône du Christ. Fondements théologiques élaborés entre le Ier et le IIe Concile de Nicée (325-787)». La presente edición hace la número tres y ha sido revisada y

aumentada. Este dato escueto habla ya de por sí como un índice certero de la buena acogida que le han dispensado los estudiosos de la teología. Con acierto comentaba el P. M. J. Le Guillou: «C'est là une très belle étude de théologie. On louera son extrême lisibilité —phénomène assez rare— sur un sujet aussi difficile, sa simplicité de lignes malgré la diversité et l'ampleur de ses visées, l'importance de son impact oecuménique».

Los estudios sobre los iconos se han prodigado en nuestros días, pero casi siempre dentro de la órbita del arte. No abundan, en cambio, los trabajos sobre la teología de los iconos. En este sentido podríamos citar las obras de L. Ouspensky, *Théologie de l'icône dans l'Église Orthodoxe*, (1980) y E. Sendler, *L'icône, image de l'invisible. Éléments de théologie, esthétique et technique* (1981). Por ello, la presente monografía de Schönborn representa una contribución importante al estudiar el icono de Cristo, que tiene un valor paradigmático para todas las demás imágenes sagradas.

El libro se divide en dos partes. En la primera el Autor estudia los fundamentos trinitarios y cristológicos de la Santa Faz del Señor siguiendo el pensamiento de los Padres de la Iglesia (Atanasio, Cirilo de Alejandría, Máximo el Confesor). La segunda parte está dedicada a la crisis iconoclasta, poniendo especial énfasis en la solución aportada por S. Máximo. Añade el Autor un epílogo en esta tercera edición con el fin de matizar algunas tesis mantenidas anteriormente en esta misma obra. Así, se reafirma en considerar a Eusebio de Cesárea, como un precedente del iconoclasmo, pero atenúa su juicio anterior —demasiado negativo— sobre Orígenes, aunque confirme también su punto de vista acerca de la estrecha relación que observa entre la corriente

origenista y los comienzos del iconoclasmo. Más importantes nos parecen las consideraciones que hace en torno a la concepción realista de la santidad del icono, especialmente de aquellos denominados «achirópitas» (no hechos por mano de hombre), que son unas verdaderas cristofanías de índole cuasisacramental y que llevan en sí las dos dimensiones tradicionales de los iconos: la relación intencional y la personal con Cristo.

En síntesis, podemos afirmar que el libro del prof. Schönborn es una buena monografía sobre el icono de Cristo, que ayudará a esclarecer aspectos olvidados de la cristología oriental.

D. Ramos-Lissón

Antonio ORBE, *Introducción a la Teología de los siglos II y III*, Ed. Sígueme («Verdad e Imagen», 105), Salamanca 1988, XIX + 1053 pp., 18 x 25.

El P. Orbe es suficientemente conocido como para que ahorre a los lectores la presentación de su persona y de su trayectoria científica.

El voluminoso escrito que ahora examinamos viene titulado con el modesto rótulo de «introducción», y todavía a su autor le parece un «título pretencioso». La realidad, a nuestro entender, es muy otra; puesto que se trata de una obra de 1053 páginas, en la que nos ofrece una amplia panorámica de la teología cristiana, que se va perfilando a lo largo de los tres primeros siglos.

Los estudiosos del cristianismo antiguo saben muy bien el papel protagonizado por la gnosis en esos siglos, como elemento catalizador de una teología de respuesta, y que tendrá su máximo exponente en Ireneo de Lyon.

Por ello, no puede extrañarnos que el autor tenga muy en cuenta el pensamiento gnóstico a la hora de decantar las conclusiones teológicas que descubre en el período que estudia. Es más, consideramos un acierto metodológico el diálogo que establece entre la dogmática católica de los Padres y la heterodoxa, de cuño sustancialmente gnóstico.

Es digna también de notarse la presentación que hace el P. Orbe de las tradiciones exegéticas de las Escrituras, que aparecen paralelamente ya bien entrado el siglo II: la gnóstica heterodoxa del hombre-Espíritu; la eclesíastica (filonizante) del hombre-Plasma; y la eclesíastica ireneana del hombre-Plasma. Esto obviamente responde a un diverso modo de leer las Escrituras: literal, moral y espiritual, que refleja la distinta antropología de quien las lee. Los que discurren sobre el hombre-Plasma subrayarán de inmediato la letra bíblica. Los partidarios del hombre-Espíritu, buscan en lo moral la enseñanza escrituraria. Los gnósticos, atentos más bien al *homo-spiritus*, sacrificarán la letra a la Economía del hombre divino.

A lo largo de 49 capítulos y un epílogo el autor expone los temas clásicos del conocimiento de Dios, la Trinidad, la creación, la cristología, la soteriología y la escatología. Echamos en falta, sin embargo, un tratamiento similar para los sacramentos y la eclesiología.

Por lo que respecta a los Padres estudiados percibimos también una cierta desigualdad de tratamiento. Así vemos que Ireneo aparece extensamente tratado, mientras que Clemente Alejandrino y Orígenes han merecido menos atención.

En cuanto a la acribia mencionaremos sólo un pequeño detalle. En p. 294 reproduce un texto de la *Epideixis* traducido al castellano, mientras que en